

LA FIGURA DE CLARET

Pío XII, el Pontífice que canonizó a Claret dibujó la figura del gran apóstol con estas palabras:

San Antonio M^a Claret fue un alma grande, nacida como para ensamblar contrastes. Pudo ser humilde de origen y glorioso a los ojos del pueblo. Pequeño de cuerpo, pero de espíritu gigante. De apariencia modesta, pero muy capaz de imponer respeto a los grandes de la tierra. Fuerte de carácter, pero con la dulzura de quien se ha educado aprendiendo a vivir con lo mínimo, y a sacrificarse y controlarse a sí mismo. Siempre en la presencia de Dios, incluso en medio de su prodigiosa e incansable actividad. calumniado y admirado, festejado y perseguido. Y entre tantas maravillas, como una luz suave que todo lo ilumina, su cariño hacia la Madre de Dios.

Algunas anécdotas de su vida nos ayudarán a comprender como era Claret.

Don Buenaventura Pou contaba en su ancianidad que siendo monaguillo suyo, tuvo que acompañar a Claret y a su padre al pueblo vecino, a pie, como era costumbre en el misionero Claret. Observaron que Claret sudaba abundantemente y tenía que limpiarse frecuentemente con el pañuelo. El padre de D. Buenaventura le dijo:

- *Padre, nosotros le estamos cansando a usted*

- *No, no, no hagan ustedes caso de mi sudor; pues yo hago como los perros, que pronto saco la lengua, pero no me canso nunca.*

Una vez el Obispo de Vic se encontró con Claret por la calle y le comentó:

- *Usted debe fatigarse mucho con tantas predicaciones.*

- *No, excelencia, porque yo no soy más que la corneta de Dios, y la corneta no se cansa, ni el que la toca tampoco porque es omnipotente.*

Otra vez, visitando una casa para huérfanos de las Hermanas de la Caridad de Madrid, notó que dos religiosas querían conseguir su sombrero como recuerdo. Adivinando su pensamiento, se lo impidió, diciéndoles:

- *Dejen, dejen estar a mi pobre sombrero, y déjenme a mí en paz, que estoy bien lejos de ser lo que algunos se creen.*

Y cuenta una de estas religiosas que el P. Claret, en el barco que le llevaba a canarias, les comentaba: *Aquí no necesitamos libros para meditar: Dios arriba, mar abajo y nosotros solos aquí, en esta madera.*

El periodista Carlos Luis de Cuenca escribió en el diario El Debate, narra la reacción de Antonio María cuando recibió la noticia de su elección como arzobispo de Cuba:

- *Ustedes no me conocen; porque si me conocieran, no se les hubiera pasado jamás por la cabeza semejante idea. Ustedes me ven desde muy lejos, y no es extraño que a tan larga distancia se hayan figurado ver un pastor donde no hay más que un pobre cordero. Créanme, yo puedo servir algo para trabajar, pero no sirvo para mandar. Tratan ustedes de sacarme de quicio.*

Una vez se le acercó a besarle la mano un niño, como era costumbre. Le preguntó Claret qué quería ser cuando fuera mayor. El niño le respondió muy resuelto: «Obispo». Claret le puso la mano sobre la cabeza y le respondió: «Vale más que seas un buen misionero».

Su chispa de humor no le faltaba. Se acercó a visitarle asta Madrid un sacerdote. Al recibirle, éste se quedó callado. Le preguntó Claret: - *¿Qué se le ofrece a usted?*

- *Ver a su Excelencia, contestó el visitante.*

- *Pues míreme usted bien* -le dijo el arzobispo poniéndose de frente, y volviéndose sucesivamente de un lado y de otro, mientras repetía: - *Vuelva a mirarme, ¿ya me ha visto suficientemente bien?*

En otra ocasión un sacerdote redentorista que le visitó, le daba su opinión sobre el Catecismo que había escrito, resaltando sobre todo su claridad. Y el Arzobispo le contestó: - *¿Cómo no iba a ser claro si me llamó Claret y Clará?*

A un antiguo compañero que había entrado Jesuita, le aconsejaba en una carta: - *Ya hace algún tiempo que el Señor me trata a lo jesuita, esto es, quitándome lo que más quiero y negándome lo que más deseo... La experiencia me ha enseñado que para crecer en perfección conviene ser amigo del silencio; así que no hablo ni escribo más que cuando es necesario, y con las menos palabras posibles.*

Y uno de sus amigos de juventud le describía así: - *Varias veces he dicho que le consideraba en la iglesia como un santo y en casa como un ángel; en casa por ser tan alegre, y fuera de casa por ser tan serio.*

D Juan Francisco Pérez, que fue alcalde de León y gobernador de Filipinas contaba de cuando estaba estudiando en el Monasterio de El Escorial, que un día vio Claret que dos alumnos se negaban a servir las mesas, El arzobispo, sin decir palabra, se levantó, fue ala cocina, se puso un delantal, y como si nada se puso a servir a todos, como un estudiante más. Nadie más, desde entonces, se negó a servir la mesa. También otro estudiante describe haberlo visto en uno de los corredores del monasterio, con una bata de trabajo, forcejeando con el director del seminario, que procuraba quitarle un plumero con el que estaba limpiando los pasillos y salas del Monasterio.

Y así oraba:

Quiero amarte, Dios mío, con todo mi corazón,
con todo mi ser, con todas mis fuerzas:
Te consagro mis pensamientos, deseos, palabras y acciones,
cuanto tengo y pueda tener.
Haz que use lo que tengo para tu mayor honra
y gloria según tu voluntad (Camino Recto 76-77)